



FOTO FONTSERÉ

HOMBRE MEDITERRANEO

por Miguel GIL BONANCIA

Una vieja idea de mentalidad ampurdanesa —, que tiene la particularidad de saber convertirlas en realidad, y testimonio de ello los hay diversos —, quería establecer un nexo de Figueras con el mar, o del mar con Figueras, ya que en este caso, surgiría una vez más aquello de favor mutuo o compensado, del que salen ganando ambas partes.

Salvador Dalí, en las fechas de preinauguración de su Museo, repetidas veces nos dijo que junto a la puerta principal del mismo, colocaría un gran anillo de hierro para amarrar en el la barca por la que llegaría desde el mar, ya que el canal, finalizaría precisamente allí. E incluso tenía previsto lo del desnivel en que se halla el Museo en relación con la parte llana.

Porque Dalí, sigue con la idea de esta conexión Figueras-Mar, y siempre supo llevarlas a feliz término, como este Museo que se nos antoja como un avance, un inicio a la mentalización de que ello es factible.

Dalí es, ante todo y a nuestro modo de ver, un hombre Mediterráneo, de este mar de las artes y de las culturas, que en distintas épocas, pero siempre con evolución matemática, dio verdaderos genios, y a la generación actual nos ha tocado la suerte de vivir junto a uno de ellos, admirando su obra y su personalidad, su conjunción de manifestaciones perfectamente equilibradas dentro lo que para algunos pueda parecer desequilibrado, girando en torno a una idea y una persona pero principalmente a una realización.

El Mediterráneo está presente en su obra, en su color, en la placidez de la calma o en el desenfreno del temporal. Pero siempre bajo un denominador común.

Hay momentos que Dalí se nos antoja surgiendo de las aguas como una reencarnación del dios Neptuno, con sus bigotes enniestos a modo de la clásica lanza. Rey de este Mediterráneo, al que se permite, y el mar se lo consiente, levantar sus aguas para contemplar lo que hay debajo de ellas, y mostrarnos un simbólico perro dormido, el más fiel amigo del hombre, cual si le esperara allí continuamente, en esta vigilancia de la comprensión y subordinación.

Un Mediterráneo que sirve o mejor aún, que está de fondo cuando no en primer término, en la mayoría de sus obras. Un Mediterráneo camino de culturas, de ideas e incluso a veces de costumbres y creencias orientales, lo cual puede motivar que Dalí se vista a menudo con estas túnicas de los sacerdotes de la sabiduría.

Un Mediterráneo que centra en Port-Lligat toda su esencia, ya que parece cual si el genio, por su propia eternidad, miles o quizás millones de años antes de nacer, ya hizo que estuviera rodeado de esta piedra negra, desnuda, con el fin de que el verde-azul del mar y el cielo adquiriera mayor contraste, mejores volúmenes, sabedor o presintiendo que su obra se apoyaría en el mar.

Como sea que cada uno forma parte del otro, Dalí supo cantar las excelencias del Mediterráneo, y si los poetas lo hicieron con versos

épicos, él, sabía tendría que realizarlo a través del color y la forma, y así, su rima, estaría abierta en el marco iluminado de un cuadro que todos pueden alcanzar a ver y sentir plenamente, en espacio abierto, y no en círculo limitado como un libro, que al cerrarse guarda celosamente sus escritos. Quizás pueda resultar más íntimo un verso en un libro, pero un cuadro es más universal, como el mar, como Dalí, y no precisa de traducciones ni adaptaciones con sus riesgos, sino que es mostrado en diálogo comprensible para todos.

El Mediterráneo se nos antoja a la vez como testimonio del maridaje físico de Dalí con Gala, y también del maridaje místico-artístico del pintor que, aparte su capacidad de percepción insospechada, sabe interpretarlo, dando forma a esencias y a materias de un modo que nadie podía conseguir.

Dalí se situó junto al mar para cantar mejor esta tierra ampurdanesa de la que se ha convertido en el mejor pregonero consiguiendo que en los más apartados sitios de nuestro planeta, puedan ver y conocer este lugar, tierra de un genio que tiene la virtud de amar cuando le rodea.

La influencia del mar, — horizontes ilimitados —, está asimismo en este aspecto humano que forzosamente debe acompañar, debe sostener al genio, formando el exterior y la base, en este caso, en el aspecto de un hombre que a veces ha sido tildado de engreído, cuando, a nuestro modo de ver, se trata del más sencillo de nuestros artistas, de los más asequibles, de los más correctos y comprensibles, siempre dispuesto a dejarse preguntar, y sin molestarse por estas comparaciones a la que tan acostumbrados estamos.

ESE GRAN DESCONOCIDO

Nosotros calificaríamos a Dalí como ese gran desconocido, aunque en realidad tendríamos que decir que sólo es conocido en parte. Pues de señalar de desconocido al que quizás lo sea más, resultaría un tanto absurdo.

Nos referimos a sus facetas. Su inmensa capacidad de trabajo, — Dalí es un trabajador infatigable —, ha hecho que el arte, en diversas manifestaciones, tenga en él a su mejor creador. Pero a veces, interesa más la persona que la obra, aún diríamos, la persona tal y como quisiéramos que fuera. La persona a nuestro alcance. En esta su completa amalgama de virtudes, Salvador Dalí ha sabido, o quizás ha tenido necesidad, de vivir rodeado de personajes y hechos, al menos en estos momentos en que deja su taller para hacer vida de sociedad. Son los menos, pero indudablemente son los más espectaculares. Organizar sobre la marcha cualquier «show», está al alcance de su poderosa



FOTO MELI

Dalí i Gil



FOTO FONTSERÉ

inventiva, adaptación y visión. Y ello es lo que hace. De la intimidad de su taller, cual en estos contrastes a los que tanto a veces se entrega, sale a manifestaciones más o menos bullangueras, las cuales son propagadas por todos los medios informativos, lo que hace que para muchos, sea este «su» Dalí, y lo interpreten al pie de la letra.

Quizás sin todo ello, Dalí no hubiera alcanzado la gran popularidad que tiene en el mundo entero, pero es indudable que el auténtico Dalí es el otro, el eterno, el hombre de las ideas que sabe plasmar en su obra.

Hay una conjunción de valores, pero, pese a todo, no existe la doble personalidad. Es más por parte de apreciación de los demás, que por deseos o iniciativa propia. En todo momento, en toda manifestación, Dalí sigue fiel a sí mismo, a una personalidad exuberante capaz de manifestarse a través de los más variados aspectos, pero siempre dentro una concepción profundamente humana. Para algunos, quizás les resulte más fácil, el Dalí de los reportajes cinematográficos y de las revistas o periódicos, pero no hay duda, de que estos conocen sólo una parte del genio, una faceta que aunque algunos quieran minimizarlo forma parte de este todo. Aún diríamos que sin la base de su extraordinario arte, no podría hacer estas otras manifestaciones, no ya porque no le estuvieran permitidas, sino porque él no lograría alcanzarlas, encajarlas en cada momento y lugar, de acuerdo con la propia visión que tiene al manifestarse a través del arte.

Se nos antoja a veces, como si unos sacerdotes de determinada religión o secta, enaltecieran a su dios y olvidaran citar su obra, por lo que la gente, los seguidores, la desconocerían. Quedan sólo con la imagen exterior, y ello, hasta cierto punto, puede resultar peligroso ya que a veces se ofrece una imagen un tanto convencional.

Dalí es un peregrino del arte, que sabe atraer hacia él a través de las más diversas formas de expresión. Y hay, quizás como base principal, el peregrino místico, el que trabaja silenciosamente en Port-Lligat, allí donde la piedra es negra, áspera, retorcida, que la continua caricia del mar no ha podido contornear sus aristas, pero que adquiere vida a través de la pintura de Dalí.

Si la casa de Salvador Dalí en Port-Lligat la podemos describir como templo del arte donde el sumo sacerdote rinde culto diario a la plasmación de sus inspiraciones, junto a la sacerdotisa Gala, bien podemos decir asimismo que junto al referido templo, hay como un inmenso claustro, cuyas columnas son los troncos de los olivos y sus capiteles las ramas de este árbol tan justamente representativo de la Paz, que allí se disfruta plenamente y en donde, especialmente al atardecer, en solitario, Salvador Dalí

reza sus «matines», ante un Cristo yacente monumental entre un montículo con olivos, que tiene en su conjunto algo de bíblico. Incluso en estos momentos, la figura de Dalí adquiere una rara austeridad. Casi en la cúspide se para y nos enseña su obra, o una de sus obras. Se trata de una escultura de «Cristo Yacente» de enormes dimensiones. Un Cristo de quince metros de largo cuyo tórax lo forma una vieja barca de madera de unos cinco metros de largo, sobre cuya proa surge la gigantesca cabeza de hierros retorcidos en los que se adivina el dolor de los espinos, mientras los brazos y piernas están formados por secos troncos y viejas tejas que simulan los músculos, recios y cansados a la vez por el dolor. La patética figura del Cristo, tiene por cruz o por respaldo la propia tierra del olivar a la que el cuerpo se halla materialmente pegado.

Hace observar Dalí, a los contados visitantes a este que el mismo llama «su otro estudio, con el cielo por bóveda, y, la inmensidad del Mediterráneo o de las montañas por celadas paredes, y les hace sabedores del misticismo y significado del nuevo-eterno Cristo.

Recordamos lo que en una ocasión, en este marco, nos dijo referente o contestando a una pregunta sobre si el arte, o en el arte, podía encontrarse una pared que señalara un final para el artista. Un tope, diciéndonos que, una pared es sólo una de las cuatro caras de una cárcel. Sólo se puede salvar, y aún aparentemente, añadió, superando la altura y pasando por encima, o bien clavando un hoyo y pasando debajo. Pero esta pared, no prueba que detrás de ella exista el vacío. Si acaso, dificulta para llegar a este otro mundo que existe al otro lado. Son muchos los que se estrellan contra esta pared. Porque van hacia ella o contra ella, y entonces, la pared gana. Yo, ni la he saltado, ni pasado por debajo ni traspasado como un fantasma. Simplemente, la he eludido, construyéndome una pequeña celda, que es mi casa que no puedan llegar hasta aquí, hasta mí, las influencias perniciosas, los aires de invasión, y así me he librado y puedo seguir por el camino de mi inspiración. Porque esta es la diferencia entre los ambiciosos y los paranoicos».

La barca, del Cristo es el mar que ha subido para fundirse con la tierra áspera que pisa Salvador Dalí, escuchando las olas; o el jugar de las hojas de los olivos impulsadas por el viento, mientras en su mente desfilan Dios sabe cuantas formas e ideas, que luego plasmará en el lienzo que se convertirá en obra de arte. Que este es el auténtico, el Dalí base del genio, el Dalí Mediterráneo, que sabe estar junto a él, portador siempre, de las mejores y más sublimes expresiones humanas, aunque a veces por aquello de la excepción, hayan llegado nubarrones tensos. Pero es que sin esta conjunción, el Mediterráneo sería incompleto, y Dalí también...